

LOS INOCENTES



AS fechas que anticipaban el tránsito del año acostumbraban a estar inexplicablemente henchidas de un ambiente de gresca y de jarana. Jamás pudimos adivinar la causa de esa propensión a la broma y al jolgorio, precisamente en los días en que el paso del tiempo se hace más evidente y en que, por tanto, lógicamente debiéramos propender a la gravedad y a la reflexión. La cosa empezaba en el día 28, de los Santos Inocentes. La despiadada arremetida del Rey Herodes contra los niños de Israel, en aquellas calendas, es hoy motivo de las chanzas más estremecedoras. Aquel que fue el primer caso de genocidio sin paliativos y un bárbaro desplante a todas las leyes divinas y humanas, y que por tanto debiera repugnarnos, alarmarnos y escalfriarnos, se ha convertido al correr de los siglos y en nuestros meridianos en una especie de día de la broma pesada, de la charada irónica y de la tomadura de pelo por antonomasia. El sacrificio de millares de precoces víctimas inocentes, llevado a cabo por un Rey iracundo, es hoy símbolo de estulticia y de memo candor.

Aún se estila hoy que en las calles de mi ciudad paseen en Día de Inocentes determinadas e involuntarias víctimas de la malicia ajena con un pegote o un muñeco de papel colgado a sus espaldas por los chiquillos traviesos, o que seamos todos víctimas de inocentadas tales como la que yo sufrí hace años, obsequiado en tal fecha con una monumental cesta de regalo en la cual, previamente verificada por mí, todo era falso: turrónes de cartón piedra, membrillos de caucho, almendras hechas con cantos de río, etcétera. Yo no había a la sazón aspirado nunca al obsequio de una cesta de verdad, pero confieso que la recepción de aquella me sentó como un tiro. La barbarie del Día de Inocentes adquiere toda su dimensión por el hecho de que despierta los instintos escondidos de mofa y de grotesco que mucha gente lleva dentro, y que afloran aquel día a la superficie a costa precisamente de los que menos merecen el baldón: o sea, los evangélicos pobres de espíritu, los incautos y los bondadosos. El candor quizá angelical de esos seres es puesto en la picota pública, con gran regocijo de los listos, de los de la carcajada fácil, de los groseros satisfechos de sí. Lo curioso es que todas esas bromas correspondían a una tradición tenida por ilustre. Y la estampa de la viejecita con un muñeco en las espaldas formaba parte de la iconografía más templada, y era aplaudida por serenos varones, incapaces de soportar, por su parte, que alguien les estornudara enfrente.

El ensanchamiento de la ciudad ha diluido la mofa; y es raro hoy contemplar esos espectáculos, por lo menos con la frecuencia con que eran visibles unos lustros atrás. Pero en el Día de Inocentes ya saltamos a la calle con la mentalidad, a la vez gamberra y precavida, de aquel a quien le va a pasar algo o que algo de insólito va a presenciar. En algunos años, al abrir el diario ya nos encontramos con que un célebre monumento ha sido trasladado de lugar, o con que una famosa torre se haya inclinado hasta el punto de provocar la acción del Cuerpo de Bomberos. Vamos un rato por la calle con la inquietud que nos produce ese posible siniestro; hemos tragado el anzuelo y, de pronto, advertimos enfrente de la torre en cuestión que unos mirones están bromeando, ya tranquilizados. Caemos en la cuenta de que era Día de Inocentes y que la falsa noticia del diario provoca en todos una especie de posterior entusiasmo regocijado. ¡Cómo nos divierte a veces el ser engañados a modo!

Pero el Día de Inocentes no era, en nuestra niñez, más que el comienzo del clima de chacota que precedía al tránsito del año. Al día siguiente, las personas más sesudas nos aseguraban que habían visto por la calle pasear a un tipo que tenía tantas orejas como días tiene un año. Un cálculo aritmético elemental nos hacía imaginar a un ser con trescientas sesenta y cinco orejas, caso inimaginable y que nos llenaba de zozobra; no quedaba ahí la broma: un día más, y a quien se había visto por la calle era a otro extraordinario ser dotado de tantos apéndices olfativos como días tiene el año. Un tipo con trescientas sesenta y cinco narices nos parecía todavía más singular y estrafalario. Incluso algunos proyectos mento-

res llevaban su broma a asegurar que ese tipo acababa de doblar la esquina que nosotros habíamos cruzado, y esa proximidad física del ser multinarigudo nos producía un estupor y un espanto únicos. Tardamos, inocentes también como éramos, unos años en comprender que el equívoco estaba montado sobre el hecho de que al año no le quedaban ya más que dos y un día, respectivamente. Y que, por tanto, todos los seres humanos, excepto los desorejados o los desnarigados, éramos el "hombre de las orejas" o de "las narices" del que nos hablaban.

No es raro que con esos proemios de chacota y de broma pesada, basada en las condiciones de credulidad que el hombre posee hasta edad muy avanzada —y algunos de nosotros hasta el infinito—, el "reveillon" de fin de año fuera una fiesta horripunda, sobrecargada de confettis, de gritos, de aspavientos, de mascarillas, de antifaces, de champaña y de estruendo. ¿Qué pasa en las noches de fin de año sino el desasosiego de la credulidad y la explosión de la inocencia humana tan sabiamente preparada? El orondo caballero que luce un casquete de papel y sopla un "espanta-brujas" a la damita rubia que tiene al lado, es no más que un superviviente un poco crecido y adiposo de la matanza del Rey Herodes, todavía extrañado de poder ingerir, con el pollo al champaña o el "soufflé", ese aliento de vida que añade a su "curriculum" una cifra más. Ese caballero es una reminiscencia de los santos inocentes que ha habido en el mundo.

Cada uno de nosotros siente que con esas bromas y en el ambiente chusco del término del año nos arrancan un poco de piel. Quizá por ello, el sentido que le demos al término del año sea un poco vagabundo y desflecado y consideremos la fecha como algo por lo que hay que pasar de prisa y sin volver la cabeza.

un año más

Pero hay que volver la cabeza, si no en el instante mismo en que el año termina, por lo menos al día siguiente, o en la semana entrante. Y no para filosofar melancólicamente sobre el transcurso del tiempo y sobre nuestra propia naturaleza efímera y castigada, sino para ver pasar el tiempo objetivamente, en su consecuencia social e histórica y sentirnos no más que una pieza de él.

Decía Dostoyevski que el hombre es el animal que se habitúa absolutamente a todo. Añadimos nosotros que el hombre se habitúa incluso al tiempo, que es el más difícil de los fenómenos que pueda soportar el hábito. Los primeros años de nuestra vida nos tardan mucho en pasar. Desde la altura de nuestra madurez contemplamos nuestra infancia y nuestra adolescencia como procesos interminables. De un año al otro, en aquellas edades de la vida, ocurren tal cantidad de transformaciones y de acontecimientos, que en tal periodo de tiempo tenemos conciencia de que se contiene un universo. Luego, al madurar, el ritmo de la vida y su novedad se centran y se acomodan. Ahora sentimos que los años pasan sin apenas percibirlos. ¿Otro año ya?, nos decimos. Y, en efecto, un año más ha transcurrido, sin alterar sustancialmente nuestra costumbre ni apartarnos sorpresa ni noticia. A medida que el tiempo pasa, empezamos a dar más valor a las cosas antiguas, a nuestros primeros pasos y deseos. De algunos viejos se dice que parece que vuelvan a la infancia. Y hay quien pinta a la agonía como un simple retorno a algunas emociones iniciales. Determinados ancianos viven —mueren— inmersos en recuerdos de su niñez. Otros sienten que a cada paso, que ya les lleva a la extinción, se aclaran las percepciones de sus primeros años hasta volverse del todo transparentes. De ese modo, toda la vida sería un inmenso y monótono cerco entre el principio y el fin.

A aquellos que estamos en esa zona neutra y rutinaria de la vida, sin nuevas emociones, pero sin nostalgias, el paso de un año a otro apenas conmueve nuestra realidad. Ni siquiera sentimos que eso sea un acontecimiento importante o novedoso. Pero no es un suceso trivial, que merezca el clarín de las trompetillas carnavalescas. No sentimos la necesidad de cabalgar sobre chanzas para dar ese salto. Al contrario, nos acomete un deseo extraño de pasar en silencio y sin chistar, para no alterar el orden de las cosas, una fecha que nos acerca irremisiblemente a nosotros mismos. Recordamos lo que Keyserling dijo: "Todo hombre vive su propia vida única y solitaria, sufre su sufrimiento único y solitario, muere su muerte única y solitaria. No existe en absoluto salida alguna para escapar al destino trágico más que ésta: aceptar conscientemente la tragedia y plantear de nuevo todos los problemas partiendo de la aceptada tragedia de la vida"